Una mujer mirando los muslos de un hombre

Lucía Rivadeneyra

"No hay en el mundo fuerza como la del deseo" dice la Vieja 1, en *Yerma*, de Federico García Lorca, obra que es un coro de voces femeninas donde confluye la sabiduría de las viejas, la frescura de las jóvenes, la maternidad lograda y la frustrada.

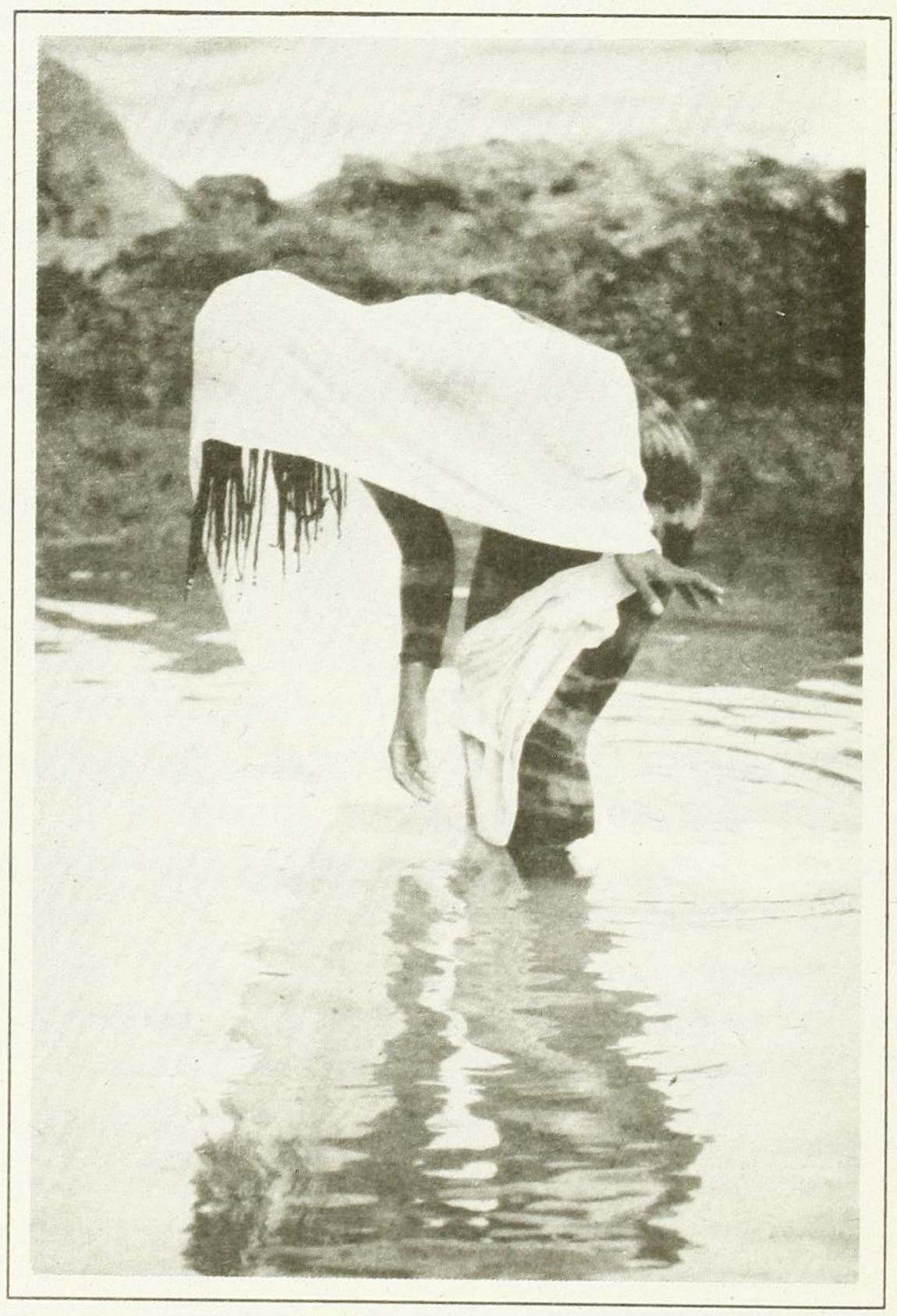
Estrenada en 1934, *Yerma* es un poema trágico sobre dos temas universales: el deseo y la esterilidad. Cuando ésta aparece en una casa se vuelve noticia que corre de boca en boca en los hogares vecinos o en el pueblo entero. Por su parte, al deseo si brota hay que contenerlo o esconderlo, pero hay mujeres valientes que lo enfrentan o lo buscan. *Yerma* es una de ellas.

María es otra mujer que tiene marido y va a ser madre, afirma no saber si éste la quiere "...pero se pone junto a mí y sus ojos tiemblan como dos hojas verdes". *Yerma*, por su parte, tiene un marido que aceptó porque se lo dio su padre, pero con él no pierde el habla como alguna vez le pasó con Víctor. *Yerma* tiene sed y no tiene libertad, se siente seca, pero no vacía porque se está "llenando de odio".

La sensibilidad del poeta granadino logra transmitir la personalidad de una mujer en conflicto con su marido, con ella misma y con el pueblo en que vive. ¿Ama realmente a su marido? ¿Ama el deseo de tener un hijo?, ¿o al recordar los brazos de otro hombre recuerda un lejano –pero real– temblor de dientes?

A lo que hoy simplemente le llamamos "química", en la España de los años treinta, bajo el estilo de García Lorca, La Vieja 1 decía: "Los hombres tienen que gustar muchacha. Han de deshacernos las trenzas y darnos de beber agua en su misma boca".

Leer *Yerma* genera calor. Las frases, las argumentaciones de los personajes lo producen.



Daniel Correa Rojo

Es una pieza teatral donde germinan los instintos; en donde la frustración y el silencio agarran a los personajes por el cuello. Es un libro de dudas y preguntas. De sequías y vapores. Las imágenes de las mujeres lavando en el río no sólo ofrecen la seducción del movimiento y la humedad, también rescatan los espacios tradicionalmente elegidos para comentar la vida ajena. Las rocas son testigas de la filosofía de la vida doméstica, la que sin hacer ruido mueve a pueblos enteros.

Federico García Lorca es un autor que se adentra en el corazón del alma femenina, en su aparente pasividad o resignación, o en su rabia desbordada. Hace más de cinco décadas era inconcebible pensar que los hombres pudieran ser "culpables" de no tener descendencia, siempre se condenaba o acusaba a las mujeres. Se les calificaba de estériles, de secas, de vacías, de yermas... *Yerma* quiere gritar y el marido guarda silencio. *Yerma* indaga la verdad sobre el porqué de su sequía. *Yerma* pregunta y nadie quiere contestarle, a su alrededor sólo hay murmullos. De pronto, el poeta granadino ofrece otra posibilidad, absolutamente real, una Vieja dice a *Yerma*: "la culpa es de tu marido".

Las charlas de las mujeres son inolvidables, reflejan las metáforas que surgen de estas hembras de río y la capacidad de observación que tienen sobre el prójimo, más aún si sus actos están relacionados con la sensualidad o la sexualidad. La Lavandera 4 dice:

"Hay una cosa en el mundo que es la mirada. Mi madre lo decía. No es lo mismo una mujer mirando unas rosas que una mujer mirando los muslos de un hombre. Ella lo miraba.

LAVANDERA 1

Pero ¿a quién?

LAVANDERA 4

A uno ¿lo oyes? Entérate tú, ¿quieres que lo diga más alto (Risas). Y cuando no lo mira, porque está sola, porque no lo tienen delante, lo lleva retratado en los ojos.

Yerma es una de las obras de Federico García Lorca más comentadas y más intensas. Sesenta y cuatro años después de estrenada el tema tiene la misma frescura que el primer día. La presión hacia los recién casados respecto a cuándo llega la descendencia se mantiene vigente, no importa si llevan tres meses o tres años de matrimonio, si son felices o no. Lo que les importa es saber "si ya".

Además, García Lorca va más allá, logra una gran complejidad en sus personajes; los femeninos confiesan las inquietudes cotidianas de miles o quizá millones de mujeres ante la elección de pan y casa y cintura fría o la búsqueda y el encuentro del deseo.

Reabrir una obra así, en 1998, año del centenario del nacimiento del poeta de Fuente Vaqueros, es un extraordinario pretexto para acercarnos al placer de la lectura, para descubrir qué tanto nos interesan las sábanas ajenas, para preguntarnos otra vez todas las dudas... Mientras tanto le podemos decir a Federico que: "Cuando se tiene sed, se agradece el agua".